

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

13



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1972

GUY SITBON, encuesta de Suzanne Brogger "Matrimonio de quince" (traducido por Ma. Luisa Icaza), *Le Nouvel Observateur*, septiembre, 1969.

MICHEL DRANCOURT. "¿Por qué los jóvenes rechazan el 'sistema'?" *Réalités Revue de Paris*, julio, 1970.

GABBEY RÉGINE. "La pareja: Florecimiento y asfixia de dos personas", *Réalités Revue de Paris*, enero, 1971.

TARGOWLA OLIVIER. "El suicidio de los adolescentes. El grito de una juventud desorientada" *Hebdo. T. C. Témoignage Chrétien*, no. 1384, trad., Ma. Luisa Icaza.

TORROGUY DE QUÉRETAIN. "Un juicio excesivo: la dimisión del padre", *Réalités Revue de Paris*, noviembre, 1970.

Comentario de Edmé Domínguez a "la rebelión de los jóvenes" de ALFRED SUAVY, Ed. Calmann-Levy, 1970.

Estudios de las Universidades Latinoamericanas para el Primer Congreso Latinoamericano de Orientación. UNAM, México, 1970.

Nota: La bibliografía sobre la realidad mexicana está incluida dentro del texto.

...había sido seducido por el liberalismo...
...la tolerancia y la validez filosófica del liberalismo...
...objetividad del trabajo de un historiador...

UN NUEVO ASPECTO DE LA REFORMA EN MÉXICO

DR. RICHARD A. JOHNSON,

Ex Cónsul de los EU en Monterrey.

(Traducción del Lic. Alberto García Gómez).

HACE YA CERCA de treinta años que Richard Patee hizo un comentario de mi libro acerca de la Revolución Mexicana de Ayutla en la *Revista Hispanoamericana de Historia (Hispanic American Historical Review)*. Se lamentaba de que yo "había sido seducido por el liberalismo". Para entonces, esta crítica me pareció regocijante, debido a mi convicción de que la tolerancia y la validez filosófica del liberalismo podrían proteger la objetividad del trabajo de un historiador.

Hoy, acepto la validez básica del cargo, pero seguiría negando aún el que la mayoría de mis contemporáneos y yo fuimos seducidos. Más bien, fuimos condicionados a una incuestionable aceptación de las verdades del liberalismo y de la posibilidad de escribir una historia aceptable; si bien, así condicionada. Todos nosotros, desde luego, vimos claramente que los historiadores marxistas y clericales, no podrían alcanzar objetividad a expensas de sus convicciones. Yo —y sospecho que la mayoría de mis contemporáneos también—, fracasé en ver la viga en mis propios ojos.

Aun entonces nadie soñó con alcanzar una absoluta objetividad. Lo que sucedió y sigue sucediendo fue el grado conseguido: la relatividad del éxito en los esfuerzos para divorciar preconcepciones, ideologías y creencias propias de un día, de las valoraciones históricas. El propósito de este ensayo es el de sugerir que las evaluaciones de la más grande época de la Reforma en México, de 1855 a 1867, requieren especiales, sin duda, esfuerzos heroicos de los historiadores, para apartarse ellos mismos del tema de su materia.

Esto es así por dos razones; primero muchos de sus problemas exponen una

contemporaneidad muy seductora como para atraer a los modernos escritores irresistiblemente hacia los radicales liberales y su causa. Además, los franceses, el emperador Maximiliano y los conservadores mexicanos y moderados, quienes apoyaban a unos u otros o ambos, deberían quedar sujetos a todas las corrientes actuales, con objeto de lograr ser oídos. Segundo, como trataré de mostrarlo, el criterio histórico del período presenta no usuales obstáculos difíciles a la conciencia del reinvestigador y muchas tentaciones a los liberales, quienes desean ver premiadas las virtudes ideológicas.

El paso de los años y un cuarto de siglo de trabajo diplomático, me inducen a un acercamiento más pragmático que aquél de mi primer trabajo. Mi posición política permanece siendo liberal, pero ha llegado a ser más moderada que *pura*. Sin embargo, considero necesaria una reexaminación de la etapa de la Reforma, no debido a una fosilización personal, sino más bien a una investigación intensiva acerca de la carrera de un importante general moderado, casi desconocido hasta ahora, la que claramente reveló esta necesidad. No intentaré una exhibición acerca de mi afición, el general José López Uranga, sino algunas conclusiones producto de la investigación acerca de su larga carrera, ilustrarán mi tesis.

Los treinta años de feroz guerra civil y extranjera, que empezaron con la Revolución de Ayutla y terminaron en Querétaro, trajeron un triunfo abrumador a la facción juarista de los *puros*. Consecuentemente, los resultados contemporáneos de la lucha y evaluaciones de sus salientes figuras, trazaron rígidamente una línea que determinó el que todos los conservadores, moderados y aun a los oponentes radicales de Juárez, a una condenación política o al limbo.

Los moderados liberales desaparecieron como facción después de 1867. La amnistía de 1870, permitió a la mayoría de este grupo resurgir una vez más en la élite social y económica de México. Algunos, aun recuperaron su influencia política, pero nadie encontró fácil el desafiar la versión juarista del conflicto. La gran masa de la literatura histórica y la de las memorias de las etapas juarista, lerdista y de la de Díaz, siguió las líneas de propaganda establecidas durante o inmediatamente después de la lucha. Algunos escritores siguieron la línea ciegamente. En otros casos, intentos para adular o exculpar, produjeron el mismo resultado.

Algunos pocos conservadores desterrados publicaron historias y memorias, presentando sus propias versiones propagandísticas. Un puñado de historiadores extranjeros, principalmente Zamacois y Brancfort, buscaron la forma de construir resultados más objetivos, pero el gran impacto de la documenta-

ción y escritos del *puro*, tendieron a inclinar la balanza hacia su posición, como lo hizo la destrucción o ineficacia de la documentación relativa a prominentes conservadores y moderados y sus actividades.

La absorción de mucho del dogma del *puro* en la elaboración del nacionalismo mexicano, acompañó una importante intensificación y ampliación de la influencia nacionalista. Ambas consecuencias resultaron de la politización de muchos mestizos y algunos indios durante el largo conflicto. La semideificación de Juárez, Zaragoza y Díaz, ocurrió como parte del contenido de la Reforma y el antintervencionismo al nacionalismo mexicano. Esto, desde luego, suministró al revisionismo lo más difícil, por no decir arriesgado, especialmente para los escritores mexicanos, aunque la revolución de Madero destruyó la santidad de Díaz.

Durante nuestro siglo unos pocos conservadores, tales como el Padre Cuevas, un conspicuo opositor como Francisco Bulnes, y un puñado de biógrafos filopietistas, a quienes los lazos familiares les dieron incentivos y sanción, han intentado acercamientos revisionistas al período o a los aspectos o a los guías de aquéllos. Ninguno de esos escritores ha ejercido influencia destacada, excepto Bulnes quien provocó un diluvio de piadosos elogios a Juárez.

Desde luego, magníficas contribuciones a la historiografía mexicana han sido hechas durante este siglo por Cosío Villegas, Arnáiz y Freg, Toro, Teja Zabre y otros estudiosos mexicanos y extranjeros. Pero relativamente poco trabajo ha sido hecho sobre las interpretaciones fundamentales del conflicto de 1854-1867, o sobre el papel de los conservadores y moderados en él. Sin embargo, estudiosos del siglo XX han editado y publicado mucho de la documentación básica sobre la cual cualquier intento mayor a examinar la tesis de lo *puro* y sus evaluaciones, debe descansar. Unas pocas dispersas y no sistemáticas correcciones de las distorsiones y omisiones de lo *puro*, también han sido intentadas.

Si los historiadores mexicanos generalmente no se han atrevido a hacer las interpretaciones y evaluaciones de lo *puro*, los historiadores de los Estados Unidos, incluyendo al autor, tienden a ver el período de la Reforma a través de lentes terrenales para la determinación de un liberal, republicano, federal, más o menos igualitarios en una sociedad secular. Pocos estudiosos tales como Pattee y Castañeda, intentaron alguna rectificación, si bien con prejuicio clerical.

Probablemente, los conservadores mexicanos y los jefes moderados, cuyas reputaciones han sufrido la mayoría severamente de negligencia y distorsión, nunca puedan ser rehabilitados dentro del contexto del nacionalismo mexi-

cano o el disgusto común para las élites de cualquier clase. Más aún, algunos de esos hombres pelearon heroicamente por su patria en contra de los Estados Unidos y en contra de los franceses durante los primeros años de la Intervención. Muchos moderados que apoyaron a Maximiliano también rindieron inestimables servicios al liberalismo durante la Revolución de Ayutla, la Guerra de la Reforma, la Intervención, y aun bajo el Imperio. Sin duda, la legislación liberal del gabinete de Ramírez desvió a muchos de los conservadores seguidores de Maximiliano, y su prejuicio antifrancés fue notorio.

No importantes diferencias ideológicas, de hecho, dividieron a los *puros* y a los moderados. La insistencia de los moderados en la evolución, más que en el cambio revolucionario y sus convicciones de que un acomodamiento podría alcanzarse con la mayoría de los conservadores, engendró el odio entre las dos alas liberales. Las luchas sobre el control federal y el de los gobiernos estatales, intensificaron este odio. Los *puros*, quienes parecían haber sido más que un grupo aspirante, parecían haber estado más hambrientos de trabajo y de tierra que los moderados. Los moderados, teniendo un poco más que perder, se inclinaron hacia la precaución y el acomodamiento. Debido a que los moderados fueron pragmatistas y los *puros* y conservadores tendieron a conceder una mayor importancia a las consideraciones ideológicas, ambas facciones extremas antipatizaron a los moderados, tanto como ellos lo hicieron uno del otro. La resultante lucha sin cuartel, predestinó a los moderados a la extinción como facción política.

Aunque los *puros*, los moderados y los conservadores, igualmente protestaban servir al interés nacional, todos ellos lo interpretaban en términos de sus miras activas políticas, las que representaban solamente los criollos, unos pocos mestizos económicamente avanzados y unos indios dispersos. El sistema de partido tuvo existencia más de nombre, que a una organización de hecho. Lazos de familia, patrocinio, origen local, interés corporativo, caudillismo regional y local, e innumerables alianzas y combinaciones, sostuvieron juntas a las facciones ciertamente no solidarizadas en la persecución de metas a corto término; normalmente, la posesión de la presidencia, el control del gabinete, o el dominio de una región o Estado. Hasta la época de Díaz, de hecho, el sistema se desarrolló con más similitud hacia un avanzado tipo feudal, que a un moderno Estado.

Ninguno de los tres partidos desunidos denominados y ninguno de sus muchos seguidores pueden haber mostrado que hayan manifestado interés genuino en la gran masa no política del pueblo mexicano, excepto en su oratoria. Los conservadores, por ejemplo, se preocuparon públicamente acerca del bienestar espiritual de las masas y del destino de los parias y enfermos, quienes depen-

dían de la Iglesia para su asistencia. Los moderados prometieron beneficiar a todos a través del desarrollo económico, estimulándolo, por el respeto a la propiedad y la tranquilidad doméstica. Los *puros* pregonaron el programa de la Reforma como una solución para las enfermedades fiscales y sociales de la nación. Pero en todos los casos, los intereses de clase, los de corporación y el mejoramiento o beneficio personal, parecían impedir las esperanzas de los espíritus más puros. En concreto: todos los protagonistas del gran drama representaron facciones del "establecimiento", y se mostraban ellos mismos, como uno puede esperar, ser hombres de su clase, de su tiempo y lugar. Paradójicamente, sólo Maximiliano y su consorte mostraron algún interés real con la masa de los peones. Sus esfuerzos débiles para mitigar los abusos del sistema hacendario, trajeron respuestas negativas de todos los sectores políticos. El público, en general, ganó poco de las Leyes de Reforma, sino hasta después del régimen de Díaz, porque la Iglesia no podía por más tiempo financiar los limitados servicios sociales que había otorgado previamente, y porque la distribución de la tierra llegó a estar muy mal repartida después de la venta de las tierras ejidales bajo el gobierno de Díaz.

Un ulterior hecho sobresaliente que debe subrayarse, a la luz del triunfante esfuerzo del *puro* para marcar a todos los partidarios del imperio como traidores, es que todas las facciones llamaron a las naciones extranjeras y a voluntarios para auxiliarlos en contra de los enemigos domésticos. Si los conservadores dieron la bienvenida a la asistencia francesa y los moderados aceptaron a Maximiliano, el gobierno de Juárez, a su vez, llevó a cabo el Tratado McLane-Ocampo, obteniendo la ayuda naval de los Estados Unidos para romper el bloqueo de Miramón sobre Veracruz y deportar a Santa Anna, mostrando no poco malestar en sus esfuerzos para obtener el auxilio de Estados Unidos durante la Intervención y el Imperio. El hecho brutal que aparece es que todos los contendientes estaban preparados a sacrificar el interés nacional para derrotar a sus enemigos domésticos. Esta revelación no muestra ni siquiera cuestiones de sinceridad y dedicación de todos los jefes de todas las facciones mayores. Esto sencillamente afirma la veracidad de que el inflexible sostén de cualquier principio, incluyendo el relativismo o la moderación, induce a una estrechez de visión y a una distorsión de percepción capaz de rendir resultados contraproducentes.

Algunos de los análisis precedentes obviamente aparecen como tentativos y aun de conjetura. En tanto que una gran mayoría de monografías explore más objetivamente los programas y actividades de las tres principales facciones y de sus jefes, un tratamiento razonablemente balanceado de la época y de sus personajes, permanecerá imposible. Necesitamos saber, por ejemplo, mucho más

acerca de la composición racial y socio-económica de las facciones, los papeles de los caudillos regionales y locales, las actividades de los jefes moderados y conservadores, el rango preciso y el valor de los servicios sociales realizados por la Iglesia antes de la Reforma, las afiliaciones partidaristas y los orígenes raciales de los compradores de las propiedades desamortizadas y así por el estilo. La evidencia de la participación de la masa en la lucha, otra de aquélla a través de la *leva* o bandidaje, podría brindar mucho interés, como lo harían cuidadosos estudios de los dos últimos fenómenos.

Aun sin tales estudios, algunas deslumbrantes iniquidades y errores permanecen en pie, errores principalmente de omisión. Sugieren líneas iniciales, provechosas para la investigación, que pueden abrir las puertas a más amplios reavalúos.

Sin disminuir la estatura de figuras tales como las de Juárez y Zaragoza, necesitan resultados de acuerdo con una más apropiada atención y un más claro tratamiento de sus contemporáneos y especialmente de sus adversarios. Ciertamente, la verdadera estatura de un gran hombre sólo puede ser medida en términos de las dimensiones exactas de sus colegas y oponentes, porque al despreciarlos o ignorarlos, se le priva de un elemento esencial de su humanidad.

¿Acaso no es tiempo ya de romper los moldes de Parson Weemish, en los cuales la figura de los *puros* de esta época de la historia mexicana permanece todavía impoluta? ¿No es tiempo ya de presentar un completo elenco de los protagonistas en tamaño natural de éste, el más grande drama de la historia de México?

PORTUGAL EN EL MUNDO ACTUAL

DR. CARLOS AUGUSTO FERNANDES
Embajador de Portugal en México

No HAY MOTIVO más válido, noble y oportuno para un encuentro que la amistad.

Agradezco por eso al Club Sembradores de Amistad el honor y la oportunidad que me dio para poder ofrecerles también, en toda su pureza y sinceridad, mi propia amistad —la amistad de portugués a mexicano y de Portugal a México.

Y, como embajador de los portugueses ante los mexicanos, no creo nada más apropiado en esta ocasión que dar a conocer a los Sembradores de Amistad lo que es Portugal, tomando en cuenta su rica herencia del pasado, los importantes intereses del presente y las promisorias esperanzas del futuro.

La amistad tiene por base el conocimiento. Sólo existe cuando se practica, cimentándose con la práctica. Para que los mexicanos nos conozcan mejor voy a hacerles un resumen tan claro cuanto posible de lo que significa Portugal en el momento presente, a fin de que mexicanos y portugueses se tornen más amigos, libres de prejuicios de cualquier naturaleza.

Portugal, que es hoy más bien una pequeña potencia, tiene, sin embargo, problemas que sólo afectan a las grandes potencias. La importancia internacional de un Estado y sus problemas correspondientes, no dependen solamente de su fuerza militar, económica y cultural, sino también de sus posiciones estratégicas. Portugal es directamente afectado por la lucha Este-Oeste.

La nación portuguesa constituye un Estado independiente cuya soberanía sólo reconoce como límites, en el orden interno, la moral y el derecho, y, en el internacional, los que resulten de las convenciones o tratados libremente celebrados o del derecho consuetudinario libremente aceptado, compitiéndole cooperar con otros Estados en la preparación y adopción de soluciones que interesen a la paz entre los pueblos y al progreso de la humanidad. Portugal